

## LA CORRUPCIÓN INEXISTENTE

La invisibilidad es la marca registrada de la corrupción en nuestro país. La corrupción está ahí, impúdica y persistente... se manifiesta casi en todos los estamentos e instituciones, de muchas formas y maneras. Es dúctil y maleable, se adapta a casi todo. Pero eso sí, no hay problema porque es invisible, no suele dejar pruebas. Estamos tan acostumbrados a ella que no produce escándalo, ni indignación en casi nadie. Digamos que es normal. Lo que es cotidiano se normaliza y lo que es normal se diluye y desaparece como problema.

Se habla de corrupción como queja cotidiana, pero no se denuncia. No se denuncia porque se necesita de ella. La necesita el maestro, el catedrático, el policía, el abogado, el juez, el médico para elevar el sueldo que no alcanza para el respectivo nivel de vida. La necesita el estudiante que no estudia y quiere seguir aprobando. Se da en el estudiante que copia, en el profesor que vende separatas al séxtuplo de lo que cuesta en la fotocopidora, el que se aprovecha de la alumna para intercambiar sexo por aprobado. Ambos se necesitan, uno por dar satisfacción a su lujuria, la otra por necesidad. Otras veces se da a la mala. O pasas por “esto” o no apruebas. Y pasan. Qué remedio. ¡No pretenderán además que deje factura, o al menos una boleta de venta! No, la corrupción no deja pruebas normalmente. No denuncian porque nadie quiere problemas. Lo decisivo es terminar la carrera como sea. El Sr. Fujimori, tras condecorar a los asesinos de Colina, afirmó que no sabía nada. Por supuesto que no dejó pruebas. Pero no crean, también se da la corrupción sin necesidad, gratuita. ¿No recuerdan el caso de aquel juez que después de haberle elevado considerablemente el sueldo el Presidente Toledo se vendió por unas bolsas de chifles piuranos? Ricos los chifles piuranos. Valen más que la justicia.

Hace unos días el diario La República daba cuenta de que el 80% de los maestros no estaban en sus puestos del Río Putumayo. Si eso es verdad, y nadie lo desmintió, significa que el 80% de los niños del Putumayo están sin clases. Eso es corrupción, pero no importa. Son cholos, pues. Ni una reacción en la prensa ni una reacción en la DREL. Nada. Además, eso es tema de todos los años, pasados, presentes y futuros. Habrá maestros que no fueron o regresaron por causas justificadas, pero cuántos están cobrando sin ir a trabajar o con la firma condescendiente de un galeno que los declara enfermitos mientras pasean tranquilamente por las calles. En el campo educativo la corrupción es una verdadera mina, por archisabido dejémosla para otra ocasión.

Frecuentemente los cargos públicos son entendidos como un medio para hacer dinero fácil, rápido e ilícito. La gestión nacional, regional, departamental, distrital y municipal, a su nivel y ritmo, -con sus honrosas excepciones- ¡cuántas veces sirven para amasar una pequeña fortuna!. Genio y figura hasta la sepultura. Es la “viveza criolla”: peruano soy y no me compadezcas. Seré tinterillo, politiquero, ayayero, lamemangas, vivazo de ley, tráfuga... lo que quieras con tal de meterme alquilo al bolsillo. Dame pan y llámame can (perro). Siempre hubo robo, coima, engaño y corrupción en los altos estamentos, pero pocas veces se hizo justicia. Hoy que hay pruebas con los vladivideos tampoco. Después de cinco años la CVR constata que no se ha avanzado casi nada ni en reparaciones ni en justicia para las víctimas de la guerra contra el terrorismo. Robo e impunidad es un terrible binomio peruano. Antes los oligarcas, después los militares, hoy los políticos. En los 90 se echó abajo a los políticos tradicionales, sus partidos y sindicatos. Pensamos que habría un cambio significativo. Nanay (ojo, nada con el río). Los de nuevo cuño no son mucho mejores.

Se amargan los tontos. La corrupción solo es problema para los que no están en ella. Es para los que la padecen. Son los niños que se quedan sin clase. Es la sociedad que debe soportar profesionales con títulos a nombre de la nación y debajo no hay sino pura filfa. El problema es el enfermo que sigue enfermo porque los galenos no dan con el asunto en el mejor de los casos. El problema es que la corrupción trae pobreza, mediocridad, desintegración, injusticia. La corrupción debilita la democracia, desequilibra los poderes, propicia la clandestinidad, oculta

información, promueve el secretismo y la no transparencia. La corrupción es una contracultura. Los valores democráticos quedan vulnerados en detrimento de los beneficios particulares. La corrupción no es fortuita, ni espontánea, ni circunstancial, ni estática. Es un motor dinámico que todo lo disuelve. Es un fenómeno global. Se fortalece cuando los centros de poder regionales, nacionales o mundiales auspician, toleran o se asocian para realizar prácticas corruptas. Pero para qué amargarse, mejor nos tapamos los ojos y los oídos y que la bola siga girando. Si alguien insiste le llaman pesado. Mejor olvidar.

En medio de todo esto está el periodismo. El periodismo, noble profesión que debiera ser el aguijón de la corrupción, el orientador de la opinión pública, el educador de la ciudad en ciudadanía y valores democráticos, el defensor de los débiles, el cuarto poder poniendo sobre el tapete problemas y necesidades, helos ahí, informando a veces, deformando a veces, cada uno con su revistita, con su programa, viviendo del escandaleta, amansados por el cheque amansador de los poderes fácticos. Circunstancialmente, sin siquiera pretenderlo, puse el dedo en la llaga con el tema de la corrupción en algunas facultades de la universidad, un secreto a voces. Otros pusieron el dedo intentando tapar el sol. Pero al sol no se le tapa con un dedo.

Afortunadamente, también hay profesionales excelentes, dignos, trabajadores, honestos, honrados, en todas las instituciones y estamentos. Maestros, médicos, abogados, fiscales, jueces, policías, servidores públicos, periodistas que dejaron la piel en la tarea... Ellos son luz y esperanza, fermento y pequeño resto de una sociedad que necesita a gritos cambios profundos.

Decir que hay corrupción en las instituciones es como afirmar que a las 12 del mediodía es de día y a las 24 horas es de noche. Tan obvio como eso. Decir que no hay corrupción porque no hay pruebas es estar ciegos. Amigo Eduardo, me pides que presente pruebas. No las voy a presentar. Tú que estás en el escenario sabes muy bien, qué chiclayos se cocinan por Iquitos en este campo. Que cada palo aguante su vela. Si con las formas de corrupción se pudiera hacer un libro, con los casos de corrupción en el Perú saldría una biblioteca. Pero voy a poner una a modo de botón: tú mismo. ¿Me podrías explicar cómo pudiste trabajar en la universidad y en un colegio local por varios años en el mismo horario cobrando en ambos lugares? ¿Tienes el don de ubicuidad? No sudes. La corrupción es normal y cotidiana, lo que es cotidiano se normaliza y lo que es normal se diluye y desaparece como problema. Por eso no existe. Pavesas al viento. Nada.